

Ahora parece que haya pasado mucho tiempo, pero todo empezó hace un par de años, una noche de invierno. A media cena oímos mugir a la vaca. Cada mañana la ordeñábamos. Pero a veces, al anochecer, resoplaba de aquel modo tan fastidioso. La vaca era como uno de esos gallos locos, que cantan siempre menos cuando sale el sol. Mi padre me mandó:

—Ve a ordeñar a la vaca.

Me lo dijo sin quitar los ojos del plato, como siempre que hablaba comiendo. Yo no quería ir. Hacía un frío del demonio y el establo estaba a cincuenta pasos de la casa. Fui, claro que fui. Mi padre era un hombretón; el único que decía «no» en aquella casa era él. Él y la abuela. Pero de la abuela ya hablaré más adelante.

Cogí el cubo metálico y salí. Dios mío, qué frío. Aún me acuerdo. No me había puesto los guantes, la piel casi se me queda pegada al asa. De la boca me salía un vapor que parecía humo de leña verde. Cuando llegué tenía los dedos amoratados.

Entro en el establo y digo ¡calla, puta vaca! (O quizás dije ¡calla, vaca puta!, de esto no me acuerdo bien; yo era aún un crío y me gustaba decir palabrotas cuando mi padre no me oía.) Me siento en el taburete, le agarro las tetas y resulta que la vaca no tiene leche. Me levanto, le arreo un puñetazo en el

culo y grito: ¿por qué refunfuñas, vaca burra? En aquel instante me giré. No sé por qué me giré. La cuestión es que me giré.

El hombre estaba justo detrás de mí, de pie, quieto, mudo y mirándome como una lechuga. Sólo nos separaban unas balas de paja que le tapaban medio cuerpo. Tenía la piel como la de las jirafas. En realidad, las jirafas y las vacas tienen una piel muy parecida. O sea, blanca con manchas negras. Son manchas tan grandes que a veces no sabes si tienen la piel blanca con manchas negras o negra con manchas blancas. Da igual. Pero si digo que el hombre tenía la piel como las jirafas, y no como las vacas, es por dos motivos que sí son muy importantes. El primero es que por aquellas fechas yo hacía una colección de cromos de animales de África. El segundo, que a él le salían dos cuernecitos de la frente, exactamente iguales a los de una jirafa.

Me caí de espaldas. Curiosamente, él se asustó de mi espanto. Y todavía más curioso: como él se asustaba de mi espanto, pensé que ninguno de los dos tenía motivos para asustarse del espanto del otro.

—¿Qué haces aquí? —le dije.

—Tengo frío.

—¿De dónde vienes?

—De la Luna.

Todo esto me lo dijo con gestos, porque no hablaba nuestro idioma. Pero sabía hacerse entender muy bien. Yo nunca había visto un hombre de la Luna. Era una cosa extraña. Por la piel y por los cuernos. Era una cosa tan extraña que no supe qué hacer.

Y, pensándolo bien, ¿por qué tenía que hacer nada? Venía de la Luna, y tenía frío, y ya está. Así que cogí el cubo y regresé a casa. Pero cuando me siento a la mesa, mi padre ve el cubo de leche vacío. Lo ve y levanta la mano derecha, que era la que siempre levantaba cuando quería repartir sopapos.

—¿Es que en el establo había un hombre de la Luna! —me defendí antes de que me cayese el bofetón.

—¿Un hombre de la Luna? —dijo él, con la mano aún en alto—. ¡La puta de oros!

Ya he dicho que mi padre era el único que podía decir según qué palabras. Cuando él las decía no pasaba nada, cuando las decía yo llovían tortazos. Se levantó de la mesa, cogió la escopeta y salió pitando. Mi hermano se arrimó a la ventana con las manos pegadas al cristal. Mi abuelo estaba sentado de espaldas a la ventana; le bastó con volverse y estirar un poco el cuello, sin dejar de roer un cuscurro. Yo no vi mucha cosa. Más que nada lo oí.

—¡Sal cagando leches de aquí, malnacido! —gritaba mi padre. Y también—: ¡Malnacido, sal cagando leches de aquí!

Después sí vi algo. El hombre de la Luna corría por el prado, trepaba por la colina y desaparecía por la otra ladera. Pensé que si no encontraba pronto otro establo se moriría de frío. Mi hermano no paraba de reírse. Dormíamos en la misma cama y se pasó la noche riendo y tirándose pedos.

En nuestra casa había muchos hombres. Mi padre, mi abuelo, mi hermano y yo. La única mujer era la abuela. Antes he dicho que hablaría de ella, así que alguna cosa tendré que decir.

No era mi abuela. Era la abuela de la abuela de mi abuelo. Ya lo sé, cuesta entenderlo, porque la gente no acostumbra a conocer a la abuela de la abuela de su abuelo. Lo que quiero decir es que era muy vieja, mucho, muchísimo. Tan vieja que la llamábamos «la abuela», y basta. Pero resultaba que el abuelo era su bisnieto, y también era mi abuelo. Él nos cuidaba a los dos, el pobre. Los domingos, antes de ir a misa, nos peinaba. Primero a la abuela y después a mí. También me ponía un agua de colonia que olía fatal. Aún recuerdo aquel olor. En realidad no era un olor horrible, sólo estúpido. Pero cuando las cosas estúpidas se repiten cada domingo terminan por convertirse en horribles. Y cuando me peinaba, yo me quejaba, porque más que un peine aquello era un cepillo de carpintero. La abuela no se quejaba nunca. Llevaba puestas unas gafas más gruesas que un telescopio. La gracia es que la abuela no veía casi nada, con gafas o sin ellas, pero al menos los cristales la protegían de las ráfagas de viento. En una ocasión, el médico nos dijo que las ráfagas de viento matan a muchos ancianos. Mi abuelo pensó que las gafas no la resguardarían de las ventoleras laterales, de manera que le encasquetó unas orejeras de burro. De su talla, eso sí.

Yo creo que la abuela era feliz. Quiero decir tan feliz como puede serlo una planta porque, aparte de tomar baños de sol sentada en el portal, no hacía nada más en todo el día. Y vete tú a saber si era

feliz. ¿Cómo puede saberse si una planta es muy feliz o muy desgraciada? No había mucha diferencia entre la abuela y una maceta. La única diferencia era que, a veces, cuando cenábamos, hablaba:

—Cuando hago memoria...

Y, realmente, cuando hacía memoria podía llegar muy atrás. Al principio yo no lo entendía. Hasta que un día reparé en que cuando hablaba de la guerra no se refería a la guerra del abuelo, sino a otra, porque utilizaba la palabra «trabucos».

Pero todo esto de la abuela sólo lo cuento porque antes he dicho que hablaría de ella. Yo de quien quiero hablar es de los hombres de la Luna.

Siempre había habido hombres de la Luna dispersos por la comarca. Muy pocos, porque yo aún no había visto ninguno. Se hablaba de ellos como se habla de las luciérnagas, los callos o la guerra del catapún. Minucias tan veniales o tan lejanas que sólo se mencionan por casualidad. Pero aquel invierno fue increíblemente nítido. Las noches no tenían nubes, y cuando no hacía demasiado frío la gente salía de las casas a mirar las estrellas. Los campesinos miran el cielo más que nada para saber qué tiempo hará. Aquel invierno miraban las estrellas fugaces porque los hombres de la Luna venían de la Luna dentro de las estrellas fugaces. Era una estampa un poco ridícula. Mi hermano y mi abuelo se podían pasar horas enteras con un dedo apuntando a las estrellas. Uno decía: «¡Mira, allá!». Y otro: «¡Mira, allí más!». Una noche mi padre salió con la escopeta y un cigarrillo en los labios, como quien no quiere la cosa. Mi hermano señaló a una estrella

fugaz, «¡Mira!», y antes de que desapareciera mi padre fingió que le disparaba un tiro, «¡bum!». Por pura casualidad, en ese momento la estrella fugaz cambió de dirección, como si se desplomara, exactamente igual que un pajarito tiroteado. Menos la abuela, todos se partieron de risa. No sé de qué se reían. A veces las estrellas fugaces se estrellaban de veras. Y los hombres de la Luna que viajaban dentro quedaban como carne picada. En una ocasión un labriego del vecindario nos contó un caso. En las tierras de aquel hombre había caído una estrella. Decía que los hombres de la Luna estaban tan chamuscados que no servían ni como abono.

No eran mala gente. Lo que ocurría era que las cosas no marchaban bien. Siendo sinceros, iban muy mal. Y cuando una cosa no tiene remedio, la gente puede llegar a hacer tonterías, como, por ejemplo, disparar contra las estrellas fugaces. ¿Y qué problema teníamos en casa? Pues que, durante generaciones y generaciones, los miembros de la familia habían trabajado como animales para ahorrar un poco. Y cada poquito ahorrado había servido para comprar más tierras, más vides, más olivos. Y cuando, por fin, teníamos una burrada de vides y olivos, resulta que no sabíamos cómo recoger las uvas y las aceitunas. Los jornaleros del pueblo no querían ni oír hablar de trabajar en nuestras tierras. De hecho, no quedaban muchos. La mayoría se había ido a la ciudad, y en verano regresaban luciendo unos cochazos de miedo. Y los pocos que quedaban exigían unos jornales que no podíamos pagar. Caía por su propio peso: si cobraban más de lo que valía el vino

y el aceite en el mercado, ¿qué beneficio sacábamos nosotros? La fruta se pudría en las ramas.

Pero poco después de aquella noche (la del establo, no la del escopetazo) el hombre de la Luna regresó. Yo volvía de la escuela en bicicleta, por el sendero. A ambos lados se extendían olivos cargados de frutos. Giro un recodo y tropiezo con el hombre de la Luna. Iba dando saltitos y cogiendo aceitunas a puñados. Estaba tan absorto que ni me vio venir.

—¡Selenita! —grité.

Él dio un bote, esta vez del susto. Pero no se marchó. Más o menos como los conejos deslumbra- dos por los faros de un coche.

—¡Ladrón! —dije yo.

—Es que tengo hambre —dijo él.

—Esas aceitunas no son tuyas —dije yo.

—Pues vaya —dijo él.

Todo esto nos lo dijimos con gestos, porque ninguno de los dos hablaba el idioma del otro. Pero el hombre de la Luna se hacía entender muy bien. Tenía hambre y los campos estaban llenos de aceitunas que nadie recogía, y él las cogía, y ya está. No se me ocurrió nada más.

—Adiós —dije al final.

—Adiós —dijo él.

Ya en casa les conté a todos lo que me había pasado. Mi padre me dio un sopapo. No sé por qué me pegó. Me parece que ni él mismo lo sabía. Bien mirado, las aceitunas se pudrirían igual, así que daba lo mismo que el hombre de la Luna se las comiese. Me di un hartón de llorar. A la hora de la cena aún lloraba. De vez en cuando caía una lágrima dentro del plato.

Yo removía el cocido y las lágrimas con un dedo, torcía el morro y hacía marranadas, que es lo que hacen todos los niños enfurruñados. Me cayó otro sopapo.

—Cuando hago memoria... —decía la abuela, a su bola.

Pero nadie le hacía caso. Si estábamos callados no era porque la escuchásemos, sino porque cada cual hablaba con sus pensamientos. Más o menos como la gente que espera en el dentista. Comparo el comedor con la sala de espera de un dentista por dos motivos muy importantes. El primero es que en aquellos días se me estaban cayendo los últimos dientes de leche, y el abuelo me había llevado al dentista. El segundo motivo es que la voccecita de la abuela me recordaba al hilo musical de la sala de espera del dentista, que hace que pienses en cualquier cosa menos en la música.

—¿Y si contratásemos unos cuantos hombres de la Luna? —dijo el abuelo—. Últimamente hay muchos.

Mi hermano se rió, del abuelo y de su idea senil de contratar selenitas. Era una falta de respeto al abuelo, y a mi hermano también le cayeron tortazos. (Esto me hizo muy feliz.)

Pero, aunque parezca mentira, unas cuantas semanas después nuestros campos se llenaron de cuadrillas de hombres de la Luna. No era una idea tan nueva como parecía. Otras masías ya lo hacían. Supongo que a mi padre le había costado decidirse

porque no podía ni ver a la gente de la ciudad (decía que se meaban en los pinos como los perros en las esquinas), así que resulta fácil imaginar qué ideas tenía sobre los hombres de la Luna. Pero visto con calma era inevitable. Y resultó una idea magnífica. Los hombres de la Luna trabajaban el doble que los jornaleros humanos y cobraban la mitad. Fue la cosecha más rentable en muchos años. De la noche a la mañana pasamos de la ruina a la prosperidad. Yo nunca había visto a mi padre tan contento. Incluso bailaba fandangos en el comedor, haciendo pareja con el palo de la escoba, y si no agarraba a la abuela era por miedo a romperle los huesos como si fuesen de cristal.

—Cuando hago memoria... —decía ella a la hora de la cena.

Los hombres de la Luna dormían en el establo. Antes no podían entrar ni a dormir, ahora sólo podían entrar a dormir. Y a nadie le resultaba extraño. (Ya he dicho que en aquella casa se hacían cosas muy raras.) Por la mañana mi padre se los llevaba al campo, y los hombres de la Luna trabajaban de sol a sol. A menudo cantaban. A mí me gustaba mucho cómo cantaban. A mi hermano no. A mi padre ni fu ni fa. Sólo se paseaba arriba y abajo, con la escopeta al hombro, como quien no quiere la cosa. La escopeta no le hacía falta para nada, porque nosotros teníamos la masía y los campos, y ellos tenían el establo y sus ahorros diminutos, y todo el mundo parecía más o menos conforme. Yo creo que la escopeta le daba un aire de autoridad. Una cosa es segura: si se hubiese dirigido a un jornalero humano

como acostumbraba a hacerlo con los hombres de la Luna, el jornalero humano le hubiera partido la cara.

También es cierto que, a veces, algunos hombres de la Luna pedían favores a mi padre. Él los miraba de aquella forma tan suya, como si los hombres de la Luna fuesen muebles o fueran transparentes. Hacía un gesto con la cabeza y casi siempre les concedía lo que le pedían. ¿Qué le costaba? Con o sin favores, los hombres de la Luna resultaban mucho más baratos que los jornaleros del pueblo, y encima los tenía contentos. Recuerdo que una vez un hombre de la Luna incluso le pidió un préstamo. ¡Un préstamo! Quería dejar las labores del campo para dedicarse a un negocio de venta ambulante de bragas y calzoncillos. Curiosamente, mi padre le hizo el préstamo. Y sin intereses.

—Lunáticos..., ¿qué harían sin nosotros?
—dijo cuando el hombre de la Luna ya se había ido.

—¡No, no! —dije yo—. Éramos nosotros los que los necesitábamos. Sin ellos nos hubiéramos arruinado. ¿No te acuerdas, papá?

Yo ya no era un niño, y lo señalo por dos motivos muy importantes. El primero es que sólo me quedaba un diente de leche, que cualquier día se iba a caer. El segundo motivo es que por primera vez un sopapo me servía para aprender una buena lección: cuanta más razón tienes, más bofetones te llueven.

También he de decir que con los hombres de la Luna pasaban cosas curiosas. Cuando llevaban una temporada entre nosotros la piel se les aclaraba. O sea, que las manchas negras se hacían tan peque-

ñas que parecían lunares, o desaparecían por completo. Después estaba lo de los cuernecitos. No era muy difícil encontrarse cuernos de hombre de la Luna desperdigados por el suelo, como si alguien los hubiese perdido. La primera vez recogí dos de ellos y los llevé a nuestros hombres de la Luna, más que nada para que los devolviesen al pobre despistado que debía de ir por el mundo sin cuernos. Se rieron.

—¿Y cuando se caen no os duele? —pregunté.

Me dijeron que no. Más o menos como las uñas y los cabellos, que los cortas y no pasa nada. Todo esto me lo explicaron en mi idioma. A esas alturas ya habían aprendido a hablarlo muy bien, tan bien que cuando cerrabas los ojos ya no sabías si te dirigía la palabra un hombre de la Luna o un hombre del pueblo. Así pues, sin la piel ni los cuernos de jirafa, ¿qué diferencia había entre los hombres de la Luna y nosotros? Yo ya había visto muchos, y supongo que los niños, como los viejos, tienen una memoria que les hace recordar cosas que los demás no pueden o no quieren recordar. Una tarde me pasó lo siguiente.

Había ido hasta el pueblo con la bicicleta. Un señor se cruzó conmigo en dirección contraria. Era un señor como cualquier otro. Ni rico ni pobre, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco. Pero cuando ya se alejaba me giré. No sé por qué me giré. La cuestión es que me giré.

—Tú eres el hombre de la Luna, ¿verdad que sí? —dije—. Aquel que tenía frío en el establo y cogía aceitunas.

Se sorprendió mucho. Miró a derecha e izquierda, como si tuviese miedo de que alguien nos

oyera. No se atrevía a negarme la verdad, tampoco le gustaba recordarla:

—Yo soy fontanero —se limitó a decir.

Y se fue con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, con paso rápido. Cuando giraba la esquina miró atrás, no fuese a seguirle.

Fue un día muy extraño. Cuando regresaba a casa noté que el último diente de leche se me movía. El camino estaba plagado de baches y el diente recibía una sacudida cada vez que una rueda tropezaba con ellos. Antes de llegar a casa se me cayó, sin dolor, como caen las hojas de los árboles o los cuernos de los hombres de la Luna.

No era una mala noticia. La tradición decía que los niños debíamos guardar los dientes de leche en una caja de porcelana que teníamos en la vitrina. Pensándolo bien era una tradición bastante macabra, porque la cajita de porcelana parecía un cementerio de dentaduras. Pero cada vez que se me caía un diente lo metía en la puñetera cajita. Cuando lo hacía, aquella misma noche el Archiduque Carlos venía expresamente desde su palacio de Austria, volando en un carro tirado por patos, y me dejaba un regalito bajo la almohada. (Yo ya sabía que el Archiduque Carlos era mi abuelo, pero me callaba como un muerto.)

Por lo que fuera, aquel día ya no miré la vitrina con los ojos de un niño. Quizás porque era el último diente de leche, no lo sé. Lo cierto es que detrás de la cajita vi cuatro cuernos muy parecidos a los del hombre de la Luna. Nunca me había fijado. Ahora sí. ¿Qué demonios hacían, allí, en nuestra vitrina,

unos cuernos de hombre de la Luna? Los cogí y los hice rodar por la mesa, como dados cilíndricos.

—¡Papá! ¡Mira! —exclamé.

Mi padre no dijo nada. Mi abuelo tampoco. Mi hermano tampoco. Mi abuela sí. Estiró el brazo por encima del mantel, poco a poco, hasta tocar los cuernecitos con la punta de los dedos. Aquel contacto hizo que llorara. Se quitó las gafas. Yo nunca había visto a mi abuela sin gafas y llorando.

—Cuando hago memoria —dijo la abuela—, recuerdo paisajes de un gris dulce. Recuerdo el pequeño cráter donde vivíamos, y los rincones de aquella madriguera. Recuerdo la bola azul, que se recortaba en el cielo, y las promesas de mi novio mientras la mirábamos, embelesados. Pero cuando hago memoria también recuerdo cosas que dan miedo. Recuerdo la estrella fugaz donde hicimos el viaje, tan pequeña, y cómo caímos en un prado verde, y recuerdo todos los sufrimientos que vinieron, tan lejos de nuestra lunita. Cuando hago memoria...

Mi padre dio un puñetazo en la mesa. Los vasos dieron un saltito y derramaron vino con gaseosa.

—Abuela, calle.

—¡Muuu! —hizo la vaca.